

UMBRAL DE LAS TINIEBLAS

de Carlos M. Federici

17. GALERIA FAMILIAR



—**N**O NOS irá a abandonar, ¿verdad, Héctor? Los ojos increíblemente verde mar de Verna Nadasdy, en sus nidos de negrísimas pestañas, me inundaron de su luz particular. Un hombre hecho de hierro o piedra podría haberse resistido a tal embrujo. Yo descubrí que tenía bastante carne y sangre como para que una belleza así me sacudiera hasta la médula.

—Bueno... —balbucí—. Estaba pensando...

Avanzó en mi dirección. Sus dedos afiligranados echaron hacia un lado cierto mechón de ébano que amenazaba velar fugazmente el fuego esmeraldino de los iris.

—¡Y tan interesada que me tenía con los cuentos sobre su país!...

—Bien, en realidad todavía no tengo nada decidido, pero...

La presión de su mano al tomarme del brazo, aun amortiguada por la lana del saco y la tela de la camisa, me provocó un escalofrío.

—¿Me lo cedés un momento, tío?

El barón, ya repuesto, y sin rastros de su reciente crisis, hizo un bonachón además de

aquiescencia.

—Usted y yo todavía tenemos mucho que charlar —me decía ella, en tono juguetonamente imperioso—. ¡Y no lo dejaré escapar tan pronto, no, señor!

—Soy su cautivo —respondí, intentando ponerme a tono con ella—. ¡Con deleite aceptaría cadena perpetua!

Si me había encantado la voz, fue porque aún no la había oído reírse... Aquello era Música de las Esferas.

ME DEJÉ conducir hasta una pequeña salita, iluminada con discreción por una lámpara de pantalla color borra devino. Bajo ese influjo tonal, la hermosura de sus facciones adquiría un misterio que la volvía aun más exquisita. De no mediar mi instintivo respeto a lo convencional, de buena gana me habría recostado en el sofá, con los dedos entrelazados bajo la nuca, para engolosinarme en su contemplación durante horas... Pero, en nombre de la urbanidad, me contenté con sentarme a su lado, e incluso eso ni a la mitad de lo cerca que hubiese apetecido.

Sin lugar a dudas, aquello del Tiempo Subjetivo es una gran verdad. No me pareció que hubiesen transcurrido más que minutos, cuando ella, no sin suma delicadeza, puso fin al *tête-à-tête* mediante una suave excusa y se retiró a su habitación.

Consulté mi reloj y me quedé atónito al comprobar que “se habían hecho” las dos de la madrugada... No se veía a nadie por allí. Resolví confiarme a mi eventual sentido de la orientación..., aunque no dejaron de asaltarme ciertas dudas en cuanto al buen éxito de la empresa.

Abandoné la salita y me encontré en un pasillo parcamente alumbrado. Había lámparas de aceite en las paredes —o cosa parecida— ; pero sólo unas pocas estaban encendidas, con lo que resultaban enormes sombras movedizas pegándose a los muros de piedra como murciélagos gigantes.

NO RECONOCÍ aquel pasillo. O bien Verna me había hechizado de tal modo que no tuve ojos para nada más (expresión que me permití despreciar como simple figura poética), o bien llegamos a la salita de marras vía otro acceso... Sin embargo, me resistí a volver sobre mis pasos. Era obvio que todos los pasillos debían conducir a algún sitio.

Las pinturas que pendían de las paredes atrajeron mi atención. Me aproximé a una.

—¡Qué facha! —se me escapó.

Representaba a un noble, quizás del siglo XVI, pintado al estilo holandés. Pero lo realmente notable no consistía en la técnica del cuadro, sino en la expresión del retratado. Reflejaba la más detestable depravación que es concebible en un rostro, sin que deje de parecer humano. Aun a través del efecto atenuante que suponía encontrarse frente a una representación artística, y no al hombre real, resultaba difícil soportar su vista.

Observé la leyenda del marco, grabada en una chapita enmohecida:

Zoltan Bathory, Voivode.

Anno Domine 1536

SEGUÍ mi camino. Más adelante se veía el retrato de una mujer. Esta parecía de una época más reciente, posiblemente comienzos del siglo XVII. Y su efecto resultaba

incluso más perturbador que el de la otra pintura, si cabe: pues aunque los rasgos de la mujer del cuadro poseían innegable hermosura, en cambio estaban infectados por una abyección de maldad tan bestial, que el contraste resultaba blasfemo hasta lo escalofriante. Busqué el nombre.

—¿Le interesa la Galería Familiar?

El tono antipático de Kurt Vodde, al tomarme desprevenido, me hizo dar un vuelco al corazón. Sentí que se avivaba mi aversión hacia él... y me volví a enfrentarlo con mirada hostil.

(Continúa)

¿QUÉ INTENTA EL DESAGRADABLE PROMETIDO DE VERNA NADASDY? ¿QUÉ SECRETO SE OCULTA DETRÁS DE LOS RETRATOS DE AQUELLA GALERÍA?... ¡ESPANTOSAS REVELACIONES DE LA HISTORIA DE LA ESTIRPE BATHORY, EN BOCA DE VODDE! ¡POLETTI OIRÁ COSAS QUE LE HELARÁN LA SANGRE EN LAS VENAS Y HARÁN QUE SE LE VUELVA EL ESTÓMAGO! ¡NO SE PIERDA LA CONTINUACIÓN DE ESTA ESCALOFRIANTE AVENTURA..., EN EL UMBRAL DE LAS TINIEBLAS! ¡EL PRÓXIMO DOMINGO, DOS NUEVOS CAPÍTULOS QUE LO ESTEMECERÁN DE MIEDO!

ALGO SOBRE EL AUTOR



Nacido en Montevideo en 1941, Carlos M. Federici debutó en la narrativa en 1961, con el cuento "El Secreto", aparecido en la revista "Mundo Uruguayo" (hoy extinta). Desde 1968 comienza difundir sus relatos policíacos, de fantasía y de ciencia ficción en el mercado internacional, siendo posteriormente traducido a varias lenguas. Es autor de seis novelas, y paralelamente ha tenido incursiones en el cómic, habiéndosele otorgado diversos premios en certámenes literarios a lo largo de su trayectoria.

Panorama de su obra en:

<http://urumelb.tripod.com/autores/federici/index.htm>

"El Umbral de las tinieblas" es copyright 1985-2016, Carlos M. Federici.

SI A TI TE INTERESA CONECTARTE CON EL AUTOR AQUÍ ESTÁ SU DIRECCIÓN DE CORREO:

cmfederici@hotmail.com